

# LA HISTORIA DE UN MIGRANTE VENEZOLANO

Por: Angel M. Balza M.

Soy Ángel Miguel Balza Monsalve, migrante venezolano. Tengo 15 años de edad y vivo con mi familia en el municipio Puerto Santander del departamento Norte de Santander. Estudio en el Colegio Puerto Santander, el 9no. Grado. Esta es mi historia.

## 2017

Cuando vivía con mis padres y mi hermana, Ángela Gabriela, en Maturín, estado Monagas, al oriente de Venezuela. Mi hermanita tenía 11 y yo 12. Estudiábamos en un colegio público. Allá las cosas estaban desmejorando mucho y aceleradamente. Cada vez recibíamos menos clases, los profesores renunciaban para dedicarse a otro oficio o para migrar porque ya no les alcanzaban los ingresos. Esto, aunado la terrible inseguridad, la falta de alimentos, de transporte público, y muchas otras situaciones.

Esto mismo lo conversaban mis padres en casa. Se mantenían preocupados porque no alcanzaba el poco dinero que ingresaba y por la escasez de alimentos. Recuerdo que, últimamente, comíamos sólo casabe o arepa, arroz o lentejas. Algunas veces era nuestra única comida al día. Una o dos veces por semana, podíamos tener extra huevos y sardinas.

Por otra parte, la inseguridad. Un día, salimos del colegio a la 1:00 de la tarde, porque los profesores del turno de la tarde ya no iban y no había maestros suplentes. Íbamos un pequeño grupo de estudiantes del 7mo. grado, caminando hacia la parada de los buses, en pleno centro de la ciudad, cuando se nos acercó un hombre, aparentemente amigable, y nos preguntó la hora. Comenzó a conversar con nosotros; pero, de repente, sacó un arma y nos amenazó: que si no le dábamos todo el dinero que llevábamos nos mataría. Ese hecho fue determinante para que mis padres tomaran la decisión de irnos de Maturín. “¡Ya es suficiente! No vamos a esperar que ocurra alguna tragedia con los niños”, sentenciaron.

Dejamos todo y decidimos irnos, no al exterior, pero sí a otro estado. Aún no podíamos viajar al exterior, porque faltaban documentos que mis padres estaban gestionando desde hacía un año atrás. Todo se tardaba mucho.

Decidimos entonces viajar al estado Barinas, de donde es

Mi mamá es confeccionista textil, conversó con una prima que ya había viajado y estaba trabajando en esa misma actividad, pero en otra localidad: Puerto Santander. Ella le ofreció para que se fuera a probar suerte; que podían compartir los gastos de la estadía, alquilando un cuarto entre ambas y así podían ayudarse.

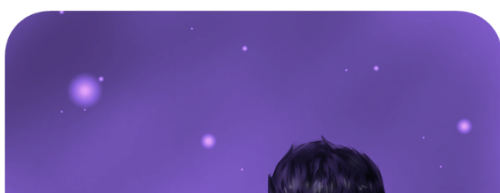
En vista de las circunstancias, mis padres decidieron que mi mamá viajaría a Colombia. Mi papá, por otra parte, se devolvería a Maturín para tratar de vender todos nuestros bienes y para terminar de gestionar sus papeles profesionales que le darían la posibilidad de encontrar un buen empleo (es ingeniero); además de otros documentos como pasaportes y los del colegio de nosotros. Nosotros nos quedábamos en Barinas con la abuela para no suspender los estudios.

Así lo acordaron y así se hizo. Estimaron que en uno o dos meses ya estaríamos nuevamente reunidos y llevando a cabo nuestro sueño de “migrar hacia un futuro mejor”.

Pues, las cosas no salieron como se planearon.

Pasaron varios meses, más de los que se tenían previstos. Para todos fue muy dura la separación. Nunca habíamos estado tan distantes ni por tanto tiempo. Aunque nos comunicábamos por teléfono con frecuencia, fue realmente muy duro para todos. Mi mamá consiguió empleo en Puerto Santander, en una fábrica de uniformes escolares de la señora Francis Cárdenas. Ella, superespecial, muy considerada y cariñosa. Allí, mi mamá realizaba dos trabajos: como operaria de costura y, también, cumplía con el aseo al final del día de labores. Aunque resultaba sumamente agotador, podía recibir dos pagos. Y así, nos enviaba casi todo lo que producía, quedándose con muy poco para subsistir allá.

Por otro lado, mi papá, luchaba en Maturín por lograr resolver toda la documentación de todos nosotros; por lograr vender lo que allá teníamos: la casa, nuestra finca que tanto queríamos y en donde dejamos tantas historias bonitas, y todas las cosas que allí estaban, que eran muchas. Por mucho que se esforzaba y lo intentaba, no lograba vender nada. La gente no tenía dinero, sólo había una preocupación en la mente de las personas: comprar y guardar comida. Y los que si tenían recursos como para comprar lo que mi papá estaba vendiendo, no deseaban hacerlo para resguardar su dinero y darle prioridad a otras cosas.



En lo que respecta a mi hermanita y a mí, fueron meses sumamente tristes y muy duros. La convivencia con la abuela y los primos se tornó áspera e incómoda. Fueron muchas las noches donde no podíamos dormir.

Mis padres estuvieron analizando la situación y todas las informaciones que venían desde Venezuela. Y, decidieron que no íbamos a volver, que nos quedábamos en Colombia, aunque eso significara perder el año escolar.

Apenas había transcurrido la segunda semana de enero, cuando llegaron muy malas noticias de Venezuela: nos invadieron la finca y todas nuestras propiedades. Vi a mis padres tan preocupados y tristes. Eso era un duro golpe porque era todo lo que teníamos, y con el producto de su venta, mis padres esperaban hacer muchas cosas, tenían planes para comenzar nuevamente acá en Colombia, y asegurar un futuro decente para la familia y nuestro bienestar. Pero lamentablemente las cosas no iban a ser así.

Mi papá decidió viajar sólo, ya sin dinero, a enfrentar el problema. Fue un largo proceso de ocho meses que mi papá estuvo por allá. Una historia muy dura y de muchos peligros que tuvo que enfrentar, pasando muchas necesidades, enfrentando a un grupo de personas muy peligrosas y algunos de ellos armados. Él sólo en el campo, fuera de la ciudad, donde cualquier cosa le pudo haber pasado, con muy poco dinero para movilizarse, para comer, y para darle solución a los asuntos legales que nosotros no comprendíamos, pero él, sí.

Las comunicaciones entre mi papá y nosotros eran poco frecuentes, porque las llamadas internacionales entre Colombia y Venezuela eran muy problemáticas en ese entonces, y él no tenía teléfono digital y mucho menos servicio de internet. Sólo una vez por semana sabíamos de él y él de nosotros. Eso era sumamente desesperante para todos.

Esos ocho meses sin mi papá nos parecieron interminables. Fue un período muy duro para nosotros acá en Colombia. Mi mamá continuaba trabajando en la fábrica. Trabajaba muy duro, con mucho esfuerzo. Ella sola tenía que mantenernos, porque mi papá no podía enviarnos dinero desde Venezuela.

Pasábamos el día acompañando a mi mamá en el trabajo, mientras que en la noche caminábamos muchas calles, preguntando casa por casa, por un cuarto en arriendo, porque nos estaban exigiendo que desocupáramos la habitación en donde estábamos.

A mi hermanita y a mí nos daba mucha tristeza ver cómo mi mamá tenía una cara de cansancio tan grande y, aun así, sacaba fuerzas para caminar por un largo rato buscando habitación. Y de paso, recibíamos respuestas que nos lastimaban: “Para los venezolanos no hay habitaciones”, “si es una familia con hijos, no se les puede arrendar”, “no le alquilo a venezolanos, son ladrones”, “si hay, pero cuesta... y ustedes no lo podrán pagar”. Ante nuestra necesidad y esos comentarios, por primera vez en mi vida, sentí que realmente las palabras

La señora Francis Cárdenas le propuso a mami que como pasábamos todo el día acompañándola en la fábrica sin hacer nada, nosotros podíamos colaborar como ayudantes en muchas labores muy sencillas, y nos iban a pagar por eso, y así podríamos colaborar con mi mamá en ahorrar para una futura mudanza a un arriendo propio, donde residenciarnos; pero del lado de Puerto Santander, porque el tema de tener que cruzar el puente todos los días, se comenzó a poner complicado.

Resulta que nosotros salíamos muy tarde de la fábrica. Mi mamá tomaba trabajos extras para ganar un poquito más de dinero y, adicionalmente, tenía que esperar al final que todos terminaran para poder realizar el aseo en toda la fábrica. Eso nos hacía salir muy tarde. Cuando ya casi estaban a punto de cerrar el puente, teníamos que salir corriendo al terminar, para cruzarlo a tiempo, pero para colmo, en esos tiempos había muchos problemas con los cortes de electricidad en Boca de Grita (Venezuela) y casi todas las noches se iba la luz en esa localidad. Entonces, teníamos que caminar unos dos kilómetros desde el puente hacia adentro de Boca de Grita para llegar a la casa de la amiga de mi mamá, todo ese camino era alumbrado con el teléfono, porque todo estaba a oscuras.

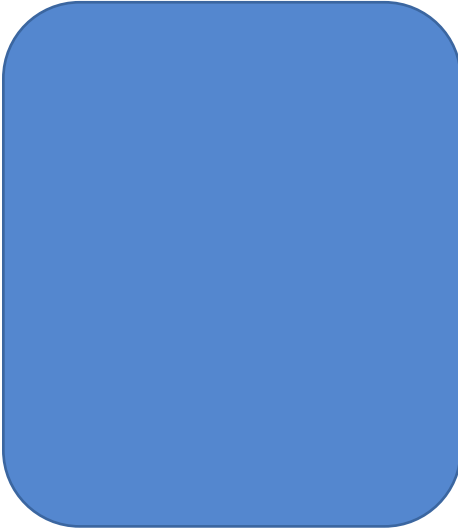
Luego, por los problemas políticos, ocurrió que cerraron la frontera y también el puente, así que nos tocaba movernos y cruzar por la vía de las trochas de noche, estando en plena temporada de lluvias, ese cruce es muy peligroso en especial para dos adolescentes y su madre: una mujer joven y muy bonita como lo es mi mamá. Entre las aguas de lluvia, el barro, la oscuridad (sin luz en el pueblo todas las noches), tener que caminar todo ese trayecto bajo un chaparrón de agua, los zapatos no duraban mucho tiempo, otro gasto que se sumaba.

Pero no todo fue malo. Siempre me llamó la atención la música y deseaba aprender a tocar guitarra. Mi mamá logró inscribirme en un curso gratis promovido por la Alcaldía. Así, aprovechaba el tiempo en otro tipo de actividad recreativa, para mi provecho, para mi desarrollo, no sólo estar todo el día en la fábrica, mis padres querían algo mejor para nuestro futuro. Aunque trabajaba en la fábrica, me concedían el permiso para asistir dos tardes por semana al curso. También, con el producto de mi propio esfuerzo, logré ahorrar para comprarme mi propia guitarra, una que me encantaba desde que la vi.

Por otro lado, a mi hermana le fascinaba dibujar y tiene un talento natural para eso. Así que cada vez que disponía de tiempo libre, se dedicaba a realizar cursos de dibujo por YouTube: esos cursos gratis que hay muchos en la red, era impresionante todo lo que estaba aprendiendo y ponía en práctica.

En agosto, habíamos podido ahorrar suficiente para aspirar pagar un arriendo para

# 2020



Mis padres visitaban la oficina del rector del Colegio Puerto Santander. Muy humildes y respetuosamente, pero con mucha insistencia; eran incansables. El rector ofreció que quizás se lograría el cupo sólo para uno de nosotros. Eso los deprimió mucho. Pero, el día de las inscripciones, el rector nos dijo que nos tenía una grata sorpresa: “se logró el cupo para los dos, para que inicien en el mismo grado y en el mismo salón”.

Mi mamá siguió con su trabajo en la fábrica. Mi papá consiguió un nuevo trabajo en una empresa acá en Puerto Santander, las cosas marchaban muy bien, pero llegó el COVID-19 y lo cambió todo. El trabajo en la fábrica disminuyó muchísimo. El comercio donde mi papá trabajaba, cerró, y él se dedicó a hacer algunos trabajos por Internet; a ser nuestro profesor en casa, nos explicaba todas las clases virtuales que recibíamos, para ayudarnos durante todo ese año escolar 2020, y debo reconocer, que gracias a esas orientaciones, nuestras notas fueron de las mejores del colegio.

Seguimos afrontando los problemas que siempre surgen todos los días; pero juntos, unidos como familia, como un solo equipo.

Actualmente, mi hermana y yo formamos parte de este estupendo proyecto del Semillero Escolar, estamos muy felices y nos sentimos honrados de pertenecer a este equipo, y de que nos brindaran esta gran oportunidad que agradecemos, especialmente al profesor Heber Londoño, una estupenda persona.

Aunque cada persona tiene su propia historia, esta es la mía.

